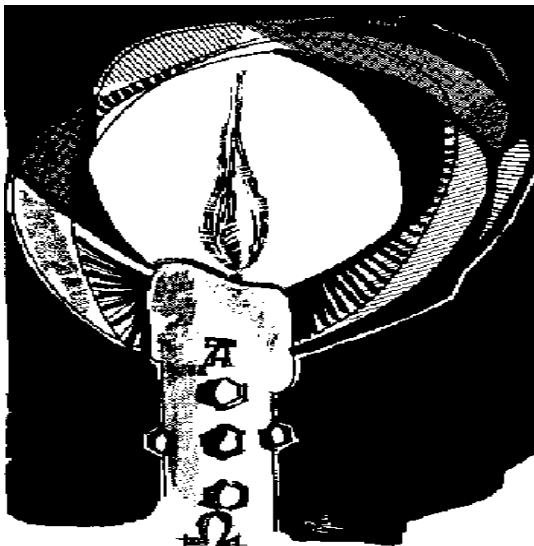


JUAN 20, 19-31 (DOM 2º PASCUA)



20,19-20 Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". Y diciendo esto les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Al atardecer... Las dos escenas que nos relata el evangelio de hoy están bien fechadas y localizadas. Las fechas no deben ser tomadas al pie de la letra, son más bien evocaciones litúrgicas. Es el primer día de la semana cuando se celebraba la Eucaristía y no corresponde a la mañana del

EN EL ATARDECER... CON MIEDO El miedo los atrapa y los incapacita. Solo cuando se **presenta el Resucitado se transforman**. Recuperan la confianza, desaparecen los miedos, encuentran la paz y la alegría.

También nosotros en el atardecer de cualquier día, estando con las puertas cerradas de nuestro corazón, abatidos y temerosos, si algo nos tintinea por dentro, podemos encontrar al Resucitado trayendo deseos de paz.

Para encontrar al Señor no es necesario emprender largos viajes a santuarios famosos, o retirarse lejos de todos. Se le encuentra en **el trabajo** hecho con responsabilidad y alegría. Nos cruzamos con él en las habitaciones de los hospitales donde se **atiende al enfermo con ternura**, en las **reivindicaciones** de causas justas, en las luchas por aquellos **desheredados y emigrantes** que nadie atiende, en las asambleas cristianas donde se practica el amor. **Porque si se ama, se encuentra al Señor cada día.**

Solo hay que cambiar la mirada y el ritmo del corazón. **Y dejarle sitio "en medio" de nuestra vida personal y comunitaria.** Porque bien es verdad que Jesús Resucitado está en el centro de la iglesia, pero su presencia viva no está arraigada en nosotros. Sabemos, predicamos y pensamos mucho, pero vivimos poco: su presencia, su fuerza, su alegría, su paz. Hablamos mucho de él, pero lo experimentamos poco. Y solo se transmite, lo que se vive.

Y nos impulsa a salir fuera, a la **"periferia"**, como bien dice **el Papa Francisco**: «Vivir la Semana Santa siguiendo a Jesús quiere decir aprender a salir de nosotros mismos, ir al encuentro de los otros, ir a la periferia, ser los primeros en movernos hacia nuestros hermanos, sobre todo hacia los que están más lejos, aquellos que están olvidados, aquellos que necesitan comprensión, consuelo y ayuda! Hay tanta necesidad de llevar la presencia viva de Jesús misericordioso y rico de amor!»

21-23 Jesús repitió: « Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Jesús repite el **saludo**. Con el primero pretendía liberarlos del miedo. Con este segundo saludo quiere que la paz sea la portadora de la misión que les deja.

La **misión** es tan esencial a los discípulos que los eligió para ella: "os elegí yo a vosotros y os destiné a que os marchéis, produzcaís fruto y vuestro fruto dure" (15,16). La misión es la misma que la suya: "igual que me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo" (17,18). Consiste en dar testimonio en favor de la verdad, manifestar con obras la persona del Padre y su amor a los hombres. Y van a un mundo

domingo sino al atardecer del sábado, después del oficio sabático judío.

Las puertas cerradas. Más bien atrancadas, cerradas no solo con llave sino también con una tranca de madera. La situación en que se encuentran es de total desamparo y miedo por el ambiente hostil, esto les da inseguridad.

Jesús se presenta como había prometido: "No os voy a dejar desamparados, volveré con vosotros". Aparece en el centro de su comunidad, porque él es la fuente de la vida, el punto de referencia, el factor de unidad, la vida en la que se insertan los sarmientos.

Les saluda con la paz porque están violentos tanto interna como externamente. Les devuelve la paz que les dejó en su despedida: *Os voy a decir esto para que unidos a mí, tengáis paz: en medio del mundo tenéis apuros, pero ánimo, que yo he vencido al mundo* (16,33).

Y no solo les devuelve la palabra y el deseo, lo acompaña con un signo de victoria y de amor: **esas heridas que salvan**, como leímos el viernes santo en el canto del siervo (Is. 53,5).

Es curioso que mencione las manos cuando nada ha dicho de ellas en las escenas de la crucifixión. Son **las manos** que dan seguridad a los discípulos, que los defiende de cualquier peligro. **El costado**, que había sido traspasado por la lanza, es la muestra de su amor sin límite.

La alegría es aquella que había anunciado en el discurso de despedida y que nadie se la podrá quitar a los que han recibido de Jesús que está vivo.

que lo odia como lo odió a él y qué pensará rendir homenaje a Dios cuando les dé muerte (16,2).

Y para esta misión Jesús les infunde el **aliento de la vida, el Espíritu**. Es la savia de la vida, que lo identifica con Jesús, les enseña recordándole su mensaje (14,26) y los mantiene en su amor (15,4). El que les dará seguridad frente al mundo (16,10).

Y les confiere **un proyecto alternativo de vida: la liberación de las ataduras injustas, el pecado**. Tanto personales como colectivas

24-25 Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»

La incredulidad y la fe posterior de Tomás es **prototipo de los no creyentes** que necesitan tocar y experimentar y no escuchan el testimonio de los que han visto a Jesús. En la tradición evangélica el tema de la duda constituye un elemento integrante de las apariciones: no es a primera vista como el discípulo llega a reconocer en aquel que se aparece a Jesús.

Podemos equivocarnos al ponerle a Tomás el

sambenito de la duda; más bien **es el discípulo que busca**, el que lentamente se encamina hacia la fe auténtica. Es aviso para quienes creemos por el testimonio de los que "vieron" y convivieron con Jesús.

Tomás para creer que Jesús vive, pone como condición una señal para él solito. Jesús, se la concede, pero no aisladamente, sino en el seno de la comunidad.

26-29 A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo aquí tienes mis manos; trae tu mano y mátenla en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Contestó Tomás: « ¡Señor mío y Dios mío! » Jesús le dijo: « ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto ».

Jesús llega a la comunidad con su paz, llevando la iniciativa en la reunión comunitaria de la eucaristía (el octavo día). Jesús viene para todos y es en esa reunión, y no independientemente del grupo, donde Tomás se encontrará con Jesús.

Siempre que Jesús se hace presente entre los suyos lleva en sí el recuerdo de su muerte por sus amigos. Su amor hasta el extremo, simbolizado por las señales de los

clavos y de la lanza, es connatural a su presencia. **La experiencia de Tomás no es modelo**; Jesús se la concede para evitar que se pierda uno de los que el Padre le ha entregado. Tomás ha invertido los términos: sin escuchar a los otros discípulos quiere encontrarse con Jesús; pero a Jesús no se le encuentra sino en la nueva realidad de amor que existe en la comunidad.

Jesús enseña sus heridas. Hoy también enseña sus heridas. Los crucificados de hoy no están expuestos en la colina; no hay clavos ni maderos por las calles; **pero los vemos por todos los rincones del mundo**: países que pasan hambre; pueblos privados de libertad y entregados a los caprichos de los caciques de turno, los "señores de la guerra"; refugiados sin tierra y sin dinero; poblaciones acorraladas en campos de concentración; pobres sin posibilidad de salir de su pobreza; **y aquí cerca**: chabolas de plásticos cerca de los campos de fresa..., sin esperanza, sin amor, llenos de miseria, enfermos que no pueden más. **¡Están crucificados**, y tienen las heridas bien sangrantes!

El Viernes Santo cuando leíamos el poema del Siervo Sufriente de Isaías, había una frase profunda que da mayor sentido a esta reflexión: **"y en sus heridas nos hemos curados"** (Is.53, 5) Solamente nos curamos si metemos nuestros dedos en sus heridas frescas de hoy, si palpamos, si acariciamos, si damos una mano. Solamente conoceremos al resucitado si metemos el puño en su costado, y meter el puño es comprometerse, complicarse hasta el final.

Qué bien me veo retratado en Tomás. No me creo lo que me dicen, quiero verificar por mí mismo. Las dudas, vividas de manera honesta, son sanas porque nos salvan de una fe superficial que se contenta con repetir fórmulas, sin crecer en confianza y amor.

Jesús se dirige a Tomás con unas palabras que tienen mucho de invitación amorosa, pero también de llamada apremiante. Tomás responde con una confesión de fe: **Señor mío y Dios mío.**

Todos nosotros podemos escuchar esta invitación y esta llamada. Y la escuchamos con mayor claridad cuando hacemos **la experiencia de sentirnos amados por Él.** Dios me ama tal como soy, con mis deseos inconfesables, mis miedos duraderos, mi inseguridad casi permanente. Nunca me maldice, ni siquiera cuando yo mismo me condeno.

30-31 Muchos otros signos que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Para el evangelista, la vida de Jesús significa ante todo un conjunto de hechos, a los que llama **señales**, a través de los cuales ha manifestado su gloria, su amor al hombre. El autor ha hecho una selección; la experiencia de los discípulos fue

mucho más amplia de lo que está contado en el evangelio. Jesús ha creado un grupo de testigos. El objetivo de la obra es **suscitar la fe**

El encuentro con el resucitado les produce una enorme alegría. Creo que es verdad, como dice Castillo, que **la teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría.** Y se ha preocupado más por las situaciones duras y costosas de la vida que por lo que nos proporciona felicidad, bienestar y satisfacción. **Es una "deformación religiosa" apartar a Dios de lo más gozoso y feliz de nuestras vidas.**

Por eso se puede afirmar, con toda seguridad, que **el Dios de la alegría es la razón de ser de la alegría de los cristianos.**

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com),
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>